

trísimos Sres. Arzobispos y Obispos de Lyon, de Aix, Orleans, Dijon, Annecy, Grenoble, Autun, Valence, Evreux, Cap, Rodez, Châlons-sur-Marne, etc.

El Superior General de una Sociedad de Misioneros, que cuenta muchas fundaciones en Francia y en los Estados Unidos, aproximándose el momento de deliberar sobre la conservación de esos remotos establecimientos, le escribía lo siguiente: «Dignaos, señor y venerable compañero, recomendar de un modo especial este asunto á Nuestro Señor; y si, en su misericordia, se dignase comunicaros *alguna luz*, me atrevo á esperar que os dignéis transmitírmela. Muchas almas están interesadas en ello.»

En ninguna parte se establecía una obra importante sin recurrir á sus consejos y oraciones. Cuando llegaba la fiesta de San Juan Bautista, las cartas llovían y venían llenas de expresiones tan tiernas y afectuosas, que revelaban el más sincero y profundo reconocimiento.

Algunas veces, en las cartas que llegaban de comarcas lejanas, se insistía mucho para conseguir una contestación, cual si la comunicación epistolar, aunque lacónica, no fuese totalmente incompatible con esa serie de ocupaciones que comenzaba á la una de la mañana y se prolongaba sin interrupción hasta las ocho ó nueve de la noche, sin dejar al mártir del celo y de la caridad más que el tiempo preciso para recogerse un poco en la presencia de Dios, hacer su lectura ordinaria en la *Vida de los Santos*, tomar algún alimento y dormir bien cortos ratos. Mas para quien no ha observado de cerca las costumbres del venerable Párroco de Ars, es difícil formarse idea, ni aun aproximada, de un género de vida tan extraordinario.



### CAPÍTULO III

#### Curaciones milagrosas obtenidas en Ars.

**S**ABEMOS cuán fácil es hacer encogerse de hombres y excitar la risa de una multitud ignorante, con sólo pronunciar ante ella la palabra *milagro*. Pero ese proceder, ¿vale algo contra la razón, contra la historia y contra la omnipotencia del Señor? ¿Puede Dios hacer milagros, y conceder, como lo ha prometido varias veces, el dón de hacerlos á quien le agrade? Semejante cuestión está resuelta por sí misma para quien crea en la existencia de Dios. Y en cuanto á la realidad del milagro, es un hecho que se prueba, como todos los demás hechos visibles, por el testimonio de los hombres.

Este capítulo no será más que un extenso examen de testigos, entre los cuales dejamos con gusto la pluma, para limitarnos por ahora al simple papel de oyentes.

Comenzaremos por Catalina Lassagne: esta sencilla y virtuosa joven es el más antiguo y mejor informado de todos los testigos. He aquí lo que escribía en 1830: «El señor Párroco oculta cuanto puede las gracias de curación que obtiene, que son muchas... Y

«creo que gusta más de curar las almas que los cuerpos.» En efecto, Catalina no se equivocaba, porque Juan Bautista Vianney decía muchas veces, con la sencillez que le era propia: «He pedido á Santa Filomena que no se ocupe tanto de los cuerpos como de las almas, que tienen mucha más necesidad de ser curadas.»

Una de las directoras de la *Providencia* se hallaba en la agonía, de resultas de cierta fiebre maligna, acompañada de delirio. Los médicos la habían abandonado ya; no veía ni oía, y se le daban pocas horas de vida. Era un sábado cuando entró en agonía, y se la leyó la recomendación del alma, sin que apenas lo notase. Mas he aquí que súbitamente abre los ojos y exclama: ¡*Estoy curada!* Aún ardía el cirio, que debía lucir en sus últimos momentos y alumbrar luego el cadáver, y preguntó: «¿Qué cirio es ese?» Se la dijo que el señor Párroco acababa de rezar las últimas oraciones por su alma: manifestó deseos de levantarse, y lo hizo auxiliada por una de sus compañeras; se sentó breves momentos, y desapareció completamente el mal. Llamóse al médico, y la halló sin calentura, y tan buena, que apenas creía lo que veía, confesando que era un verdadero milagro. El venerable Párroco había dicho el día anterior: «Casi me he enfadado con Santa Filomena, y he tenido tentación de echarla en cara la Capilla que levanté en su honor.» Lo cual induce á creer que había pedido á la Santa esta curación, ocurrida en 1838.

«Una de nosotras, continúa Catalina, dió de limosna á cierta pobre mujer un gorro viejo del señor Párroco. Tenía esta infeliz el hijo enfermo con una herida en la cabeza, y ocurriósele el siguiente pen-

samiento: «El Párroco de Ars es un santo: si yo tuviese fe, cubriendo la cabeza de mi hijo con este gorro, curaría.» Hizolo así, y cuando la madre fué á curar la herida, la halló seca y completamente bien.»

Dos protestantes de nota llegaron á Ars, y visitaron al siervo de Dios en su humilde habitación. Uno de ellos, ministro de la religión reformada, hizo recaer la conversación sobre los milagros, y negó su posibilidad. «¡Cómo! exclamó el santo Párroco: ¿negáis los milagros? Yo puedo aseguraros que he visto muchos, y de los más admirables.» ¿Dónde había visto milagros sino en Ars? Tomamos acta de esta confesión, que confirma los hechos que vamos á referir.

Un respetable Cura de esta diócesis nos escribe lo siguiente:

En el mes de Julio de 1842 hice la peregrinación á Ars por primera vez, y jamás olvidaré la impresión que allí recibí. El santo Párroco explicaba el Catecismo en una gran sala de la *Providencia*, y tuve la dicha de asistir á él, en compañía de ochenta huérfanos. Al salir de allí, conferencié durante un cuarto de hora con el venerable Vianney. Yo había oído hablar mucho, y en diversos sentidos, de la curación milagrosa de una señora de Burg; le manifesté la gran contradicción que este hecho había hallado, y me dijo:

«Mi buen amigo, dejemos decir á la gente del mundo. ¡Desgraciados! ¿Cómo han de ver, estando ciegos? Si Nuestro Señor hiciese hoy todos los milagros que hizo en Judea, no los creerían. Aquel á quien ha sido dado todo poder, no ha perdido aún su

»omnipotencia. La semana última, por ejemplo, un »pobre viñador del otro lado del Saona ha traído sobre »sus hombros á un jovencito de doce años, tan imposibilitado de ambas piernas, que jamás pudo andar. »Este buen hombre hizo una Novena á Santa Filomena, y el último día quedó tan completamente curado »su niño, que volvió al hospedaje brincando delante »de él... Nuestro Señor curaba en otro tiempo á los »enfermos, sanaba á los cojos y resucitaba á los »muertos en presencia de muchos testigos; y aunque »veían esos milagros con sus propios ojos, no creían »en ellos. Los hombres, amigo mío, siempre y en »todas partes son los mismos. Si Dios es poderoso, »también el diablo tiene su poder, y se sirve de él »para cegar al pobre mundo.»

Presentóse cierto día un hombre al venerable Párroco, suplicándole se dignase curar á su hijo, que estaba imposibilitado. El Párroco de Ars le mandó se confesase, y, aunque opuso resistencia, se resolvió por fin, no sin cierta repugnancia, porque no estaba dispuesto á dejar su oficio de tamborilero. Sin embargo, la gracia triunfó de su corazón en la confesión, como sucede siempre después de ese acto de humildad y de arrepentimiento. Al llegar á su casa cogió el tamboril, le hizo pedazos á la vista de su mujer, arrojando éstos al fuego, y en el mismo momento su hijo saltó lleno de alegría, y diciendo: *¡Estoy curado!*

El caso siguiente nos recuerda al Centurión de Cafarnaum, que pidió al Divino Maestro, con una confianza firmísima y una humildad tan profunda, la curación de su hijo. El hombre de quien vamos á hablar no era más que un simple gendarme; pero su

fe era tan viva como la del Centurión. Acababa de perder á su mujer, que le había dejado un solo hijo de seis años, cuyas piernas, paralizadas por la raquitis, no podía mover. Su corto sueldo no le permitía pagar una joven que le cuidase, y se veía en la precisión de abandonar el servicio para atender al cuidado del enfermito. Felizmente vino en su auxilio la Religión: tuvo la idea de ir en peregrinación á Ars, pidió y obtuvo una licencia de tres días, y se presentó en Lyon. Cuando llegó á la Administración de los coches, algunas personas que le vieron llevar en brazos á su hijo, le dijeron: «¿Adónde vais con ese »pobrecito niño?—A Ars, contestó el honrado gendarme.—¡Sois en verdad muy simple! El Párroco de »Ars no es médico; á los Incurables es adonde debéis »llevar á vuestro hijo.» El afligido y honrado padre despreció la chanzoneta, siguió su camino, visitó al venerable Párroco, le contó sus desgracias, y tuvo el inefable consuelo de oírle estas breves palabras: *Mi querido amigo, vuestro hijo curará.* Apenas acabó de hablar el santo Párroco, sintióse un ligero chasquido en las piernas del niño, quedando súbitamente curado, y comenzando á andar por su propio pie.

En el año 1848, cierto joven sufrió una caída del caballo, que le causó lesiones graves. Después de haber agotado todos los recursos del arte de curar sin resultado, sus honrados padres tomaron la resolución de llevarle á Ars. El desgraciado joven sufrió crueles dolores en todo el camino. Informado de todo el santo Párroco, aconsejó al enfermo y familia que hiciesen una Novena en honor de la Santísima Virgen y de Santa Filomena; y con este fin, todos los días era trasladado el joven á la iglesia para rezar las

oraciones prescritas. Tan agudos eran á veces sus dolores, que le arrancaban gritos y lamentos desgarradores. Comenzó la confesión en los primeros días de la Novena; pero la gracia de su conversión á Dios hallaba grandes obstáculos en su mismo corazón. La primera Novena no dió resultado; comenzó otra segunda con mejores disposiciones, y su estado mejoró tan notablemente, que pudo ya andar con el auxilio de muletas. Un sentimiento de gratitud le movió á hacer una tercera Novena, al fin de la cual terminó su confesión, comulgó con mucha devoción y recobró al mismo tiempo la salud del alma y del cuerpo.

Por agradecimiento permaneció quince días en Ars después de la curación, para recibir los consejos de su bienhechor. Muchos dan testimonio de haber visto á este joven completamente curado, y edificando á todo el mundo con su recogimiento, fervor y continua presencia en la iglesia.

Por los primeros días de Mayo de 1851 llegó á Ars un hombre en el vigor de su edad, y que tenía la vista casi perdida de resultas de una congestión. Los médicos habían agotado los recursos del arte, y esperaba el enfermo que el santo Párroco curase su dolencia; pero, habiendo estado dos días en Ars sin encontrar alivio, partió para su casa bajo el terrible peso de un profundo desaliento. La sobrina, muy piadosa por cierto, que iba con él, no tenía tanta desconfianza; le acompañó en su regreso, mas volvió luego, y, siguiendo el consejo del venerable Párroco, hizo una Novena por la intención de su tío.

Tocaba á su término la Novena, y ninguna noticia satisfactoria había recibido la piadosa joven, cuando súbitamente la dice el santo Párroco: «Hija mía, creo

»que podéis disponer vuestro viaje: la persona por »quien os interesáis, está curada.» En efecto: cuando la joven llegó á casa de su tío, tuvo la alegría de hallarle perfectamente sano.

No fué ingrato este hombre al favor que el Cielo le había concedido por las oraciones del venerable Párroco, y volvió á Ars muchas veces para dar gracias á Dios por su curación, en el mismo sitio donde la había obtenido. En 1855 había hecho ya tres peregrinaciones á Ars, teniendo su vista completamente sana.

«Estoy convencido, decía, que debo mi curación »á las oraciones del Párroco de Ars y de mi angelical »sobrina. También la atribuyo á la Santísima Virgen, »á quien siempre he invocado, aun en el tiempo que »el cuidado de los negocios me hacía olvidar mis deberes. Dios ha permitido esta prueba para convertirme á Él... En adelante sólo quiero ocuparme de la »salvación de mi alma.»

Una joven viuda, de Puy-en-Velay, llegó al hospital de Lyon, solicitando de los médicos la curación de un padecimiento que le aquejaba. Hacía seis meses que sufría horriblemente de un tumor que tenía en la rodilla, y que apenas la dejaba andar con muletas. Habiendo sido inútiles los tratamientos del arte y los cuidados prodigados por las Hermanas del Hospital para combatir su dolencia, hizo la peregrinación á Ars. Se recomendó á las oraciones del señor Párroco, oró por espacio de quince días en la capilla de Santa Filomena, y se reconcilió con Nuestro Señor por medio de la confesión y comunión, teniendo la felicidad de dejar sus muletas sobre el altar de Santa Filomena, y volver á su casa completamente curada.